

Delincuente juvenil

York, Inglaterra

2012

—Eva, ¿cuál es tu problema?

Me encogí de hombros. ¿Por dónde empezar?

—¿Y qué estabas haciendo cuando se suponía que estabas en el colegio?

—Pues... esto y lo otro.

—¿Qué se supone que significa eso?

¿De verdad lo quieres saber, «papá»?

—Eva, ¿qué va a ser de ti? —Mamá por fin se había unido a la fiesta.

¿Y yo cómo narices podía saber lo que iba a ser de mí? Pero gracias, mamá, por recordarme que no tengo futuro, y que siempre estarás de su lado.

Me los quedé mirando a los dos, a mi madre y a mi padrastro, Colin. Lo último que me faltaba ya era que apareciera el adorable Ted (su hijo, no mi hermano) para que fueran tres contra mí.

—Estoy harto, muy harto de todo esto, Eva —dijo Colin—. ¡Vete de aquí! No quiero ni verte...

—Lo mismo digo —mascullé, dándole un empujón al salir corriendo del salón para encerrarme en mi habitación.

Mi primer instinto fue agarrar mi guitarra, encender el amplificador y gritar. Pero no me fiaba de mí misma. Le tenía demasiado cariño a mi guitarra –había pertenecido a mi padre–, y en ese momento lo único que me apetecía era romper algo en pedazos. Traté de calmarme y respirar hondo, pero sentía crecer la rabia dentro de mí. Necesitaba salir. Agarré mi chaqueta y me marché de casa dando un portazo.

Entonces me puse a correr... Corrí por las calles, crucé el parque y bajé la colina hasta el río. Corrí por el sendero, ajena a los demás corredores, a la gente que sacaba a pasear al perro y a los inevitables piropos y silbidos –puedo abstraerme de todo si me lo propongo–, hasta que por fin desapareció el calor sofocante, y empecé a sentirme menos agitada.

Hasta fui capaz de soltar una risita amarga porque, por una vez, Colin tenía un buen motivo para estar enfadado conmigo.

Me habían vuelto a expulsar.

Y era lo bastante lista como para saber que con dos expulsiones estaba acabada. Y aunque no había asomado por el colegio desde hacía semanas, no podía evitar sentir el inmenso vacío que se abría delante de mí: mi futuro.

Sentí una punzada de angustia. Daba bastante miedo tener dieciséis años y estar ya acabada.

Lo último que me apetecía era reflexionar sobre mi vida y sobre cómo había llegado hasta ese punto. Solo quería seguir corriendo y no pensar en nada, pero mi cerebro no era capaz de parar, estaba fuera de control por completo.

Mi cerebro.

Mi cerebro era desde luego el corazón del problema. Cuántas veces había deseado yo ser normal... Pero ¿caso

lo había sido alguna vez? ¿Alguna vez había sido feliz, como los demás niños?

Solo recuerdo bien el momento en que las cosas empezaron a cobrar sentido... Fue cuando me di cuenta de que tener un don podía volverse contra mí.

¿Qué edad tendría? Unos seis años, me parece. Hacía cosa de un año, creo, que mi padre había muerto. Y aunque por fin había pasado ese período en que mi madre lloraba y lloraba sin parar –esa época había durado meses–, su interés por mí seguía siendo... intermitente. Así que tenía mucho tiempo para entretenerme yo solita.

Ese día en concreto la tele estaba encendida, como de costumbre; mamá me había puesto el mando en la mano y me había dicho que me estuviera quietecita. Pero yo ya estaba harta de ver la tele. Había leído todo lo que había que leer en la casa (sí, vale, es verdad, mi madre no tenía muchos libros) y estaba aburrida.

Me asomé a la ventana. Mamá estaba en el jardín, tendida en una hamaca, con los ojos cerrados. Recuerdo haber acercado la cara al cristal, con la esperanza de que ella levantara la mirada y me viera. Pero por supuesto no lo hizo. Cuando ya me alejaba, a regañadientes, de la ventana, vi su portátil abierto sobre la mesa. Me acerqué y pulsé una tecla. La pantalla se iluminó. Apareció una página web: mi madre había estado comprando vino por internet. El vino no era algo muy interesante para una niña de seis años, pero había visto a mi madre teclear, así que más o menos sabía lo que tenía que hacer. Luego resultó que, como poseía una gran memoria fotográfica, también recordaba muchas de las cosas que mi madre había tecleado, como sus datos bancarios, su PIN y su contraseña. De modo que, un par de horas después, yo también había hecho algunas compras por internet.

Me alegré mucho cuando, unos días más tarde, llegaron a casa veinticinco bolsas de gominolas, cien botellas de gaseosa, un cachorro de labrador y tres gatitos siameses. La que no se alegró tanto fue mi madre. Aunque le confesé muy contenta lo que había hecho, no me creyó y pensó que había sido víctima de una usurpación de identidad por internet.

No me dejó quedarme con nada de lo que había comprado, así que no volví a hacerlo más, pero gracias a esa travesura descubrí un mundo nuevo y asombroso, un mundo del que tenía el control por completo. Eso era algo pasmoso para una niña pequeña que se sentía muy sola e indefensa.

Antes de cumplir ocho años ya era capaz de reventar casi todos los códigos de seguridad y cortafuegos, y aunque nadie sospechaba ni lo más mínimo lo que hacía, por si acaso era lo bastante prudente como para no dejar rastro de mis andanzas en la red. Sabía que esa actividad mía no era del todo legal, pero mis motivos eran inocentes: simplemente me gustaba descifrar códigos, era algo que me fascinaba. No me interesaban los secretos de la gente, sus datos ni el estado de sus finanzas; a mí lo único que me interesaba era abrir puertas cerradas con llave.

Huelga decir que no me sentía muy cómoda con los niños de mi edad. Las Barbies no eran lo mío. Me gustaba la idea de tener amigos; de hecho, me moría por tener amigos, pero no se me daba bien fingir que era una persona normal y corriente. No entendía que los demás niños no quisieran que predijera matemáticamente el resultado de algún juego antes de que empezaran a jugar. Ni que lo divertido de los juegos de memoria fuera precisamente fallar alguna vez, porque yo no fallaba

nunca. No tardaron en dejar de pedirme que jugara con ellos.

El colegio era un auténtico tormento. Me sentaba allí durante horas interminables escuchando información que me sabía de memoria e ideas que ya estaban obsoletas. Y las cosas no iban mucho mejor en casa... Colín apenas me soportaba, mientras que Ted parecía odiarme más cada día que pasaba.

Había soñado con fugarme miles de veces, pero no sabía muy bien cómo hacerlo, así que durante años me conformé con escaparme virtualmente. Era capaz de configurar cualquier ordenador con juegos pirateados imposibles de detectar, y me consolaba mucho convertirme en otra persona, alguien con poder, capaz de conquistar legiones de enemigos míticos. Los juegos se convirtieron en mi vida real. Me mantenían cuerda... hasta que descubrí un mundo aún más estimulante.

Tenía unos once años y por fin había empezado a faltar a clase. Al principio no lo había hecho a propósito. Un lunes por la mañana no me decidí a bajarme del autobús en la parada del colegio, y el jueves de esa semana descubrí la biblioteca municipal: montones de ordenadores, estantes llenos de libros y nadie que te molestara. ¿Cómo había podido ese paraíso ser un secreto para mí, un secreto tan bien guardado y durante tanto tiempo? Se convirtió en mi refugio. Día tras día me sentaba en un rincón donde no llamaba la atención y me ponía a devorar información: la desintegración del estalinismo; la organización social en la Britania romana; ruso; latín; griego; teoría cuántica; genética... Todo me interesaba. Cuando llegaba a casa, seguía leyendo en internet, hasta que volvía el resto de la familia. Entonces borraba rápidamente

mi historial de navegación, cerraba sesión, apagaba el ordenador y encendía la tele.

De verdad pensaba que podría seguir así sin que nadie se enterara. Pensaba que me había cubierto bien. Me había informado sobre largas enfermedades con síntomas que podía fingir fácilmente, y había falsificado una nota para el colegio en la que mi madre decía que tenía fatiga crónica, por lo que no podía asistir a clase en un período indefinido.

Conté la misma historia cuando la bibliotecaria se extrañó de verme allí todos los días. Pensé que se la había tragado. Incluso había empezado a confiar en ella lo bastante como para charlar un par de veces sobre el sistema legal canadiense (su país), pero al final resultó ser una traidora total y absoluta.

Tres meses después de entrar en el paraíso, me expulsaron. Estaba enfrascada en un artículo de la revista *The Lancet* sobre investigación con células madre cuando sentí unos golpecitos en el hombro: era un maldito trabajador social.

Me negué a hablar durante dos horas. Sabía que, en cuanto les dijera mi nombre, llamarían a mis padres y me mandarían de vuelta al colegio. Por desgracia, cuando tienes once años y no has recibido entrenamiento en técnicas para resistir la tortura, no aguantas mucho tiempo en un interrogatorio. Y claro, me vine abajo. Me llevaron a casa, donde me recibieron mamá y Colin (la bronca fue monumental) y me mandaron de vuelta al colegio. Entonces recibí mi primera advertencia oficial.

Eso significaba que si me volvía a portar mal me expulsarían definitivamente del colegio.

¡Sentí un inmenso alivio! Lo único que tenía que hacer era pensar en algo lo suficientemente gordo como para que me echaran. Así que me puse a pensar y a trazar planes.

Y resulta que existe una lista de faltas que se castigan con la expulsión. El absentismo escolar (la número seis de la lista) ya la había completado con éxito. No tenía más que elegir mi segunda falta de esa lista. Descarté la violencia, el acoso escolar y la venta de drogas. Pero la falta número siete parecía hecha para mí: ¡pirateo informático! El reto consistía en conseguir que fuera del todo obvio que yo era la única sospechosa.

El caso es que fue bastante divertido. Me metí en la cuenta de correo del director del colegio y redacté una perfecta carta de renuncia, que a continuación envié a los componentes del consejo escolar así como a todos los empleados del centro. Luego configuré un aviso, que todos los alumnos recibirían por correo electrónico, en el que anunciaba que se habían cancelado las clases el resto de la semana. Dejé un rastro claro y fácil de seguir que llevaba hasta mi propia cuenta de usuario, y cuatro días después me convocaron al despacho del director. Después de aguantar un sermón durante una hora, salí del colegio sin mirar atrás, para no volver jamás.

Pero aunque no miré atrás, tengo que reconocer que mirar hacia delante no estuvo tan bien como me imaginaba. Porque el enfado del director fue una broma comparado con el de mis padres. Me castigaron durante una semana y luego me enviaron al instituto Downley...

Sorprendentemente, al principio ese instituto estuvo bien. Era grande, anónimo, y tenía suficientes alumnos conflictivos como para pasar inadvertida. Conseguí ser totalmente invisible durante casi tres años.

Pero, por desgracia, cuando cumplí los catorce, mi interés disperso por las cosas empezó a ser un obstáculo.

Como si mi vida no fuera ya lo suficientemente difícil, acababa de empezar a desarrollar mi Problema Número Dos.